

Prensa Castellana, Opinión Pública y Masonería (1856-1936) ¹

CELSO ALMUIÑA FERNÁNDEZ
Universidad de Valladolid

I. PLANTEAMIENTO

A. Algunas precisiones

Bajo el término Castilla se pueden abarcar realidades históricas bien distintas. Aquí se le quiere dar el alcance de Meseta Norte o si se prefiere, aún más ajustadamente, las nueve provincias que abarca la actual Comunidad de Castilla y León. Nada se dirá de Santander (Cantabria) ni de Logroño (Rioja).

El estudio se centra además sobre la prensa vallisoletana (capital regional actualmente y capital de facto, por su irradiación, a lo largo del XIX y XX), secundariamente se tiene en cuenta la palentina y en mucha menos medida, algunos datos, de las otras capitales. De todas formas —y aunque su valor pueda ir más allá de lo hipotético— pienso que las conclusiones sí pueden generalizarse; dicho de otro modo, que pequeñas precisiones, en su caso, no harán variar sustancialmente lo aquí sintetizado.

En cuanto al marco cronológico, más bien habría que hablar de mediados del XIX, sin tanta precisión temporal. La fecha de 1856 es la de la aparición de *El Norte de Castilla* —decano de los actuales diarios españoles—, aunque los primeros fondos conservados, para poder llevar

1. Esta comunicación es la segunda parte, si se quiere la parte práctica, de la ponencia presentada en el anterior Symposium (Córdoba): «La prensa escrita como fuente histórica para el estudio de la Masonería» (Véase Actas, tomo I, pp. 245-279).

a cabo el estudio, datan de un par de años más tarde. De la década de los 60 sí se dispone ya de los suficientes fondos hemerográficos (acrecentados con los de un nuevo diario, *La Crónica Mercantil*, a partir de 1863) como para que el estudio histórico sea posible y contrastable.

En cuanto a fecha término (1936), la Guerra Civil abre una nueva dinámica en este campo muy especialmente. Por lo que se refiere a la II República e incluso al período anterior, únicamente indicar la formación de modelos (estereotipos), que luego se van a desarrollar y «perfeccionar». Estereotipos que en otras comunicaciones del grupo de Valladolid se van a explicar con más detalle: el cliché falangista, católico, etc.

B. Metodología

Para los fundamentos teóricos se remite a lo ya indicado en nota precedente. Aquí únicamente precisar que un amplio equipo de personas se ha dedicado a una minuciosa labor de vaciado. Trabajo monótono, ingrato, pero imprescindible².

Todos estos datos, enfoques y argumentaciones pretenden ofrecernos la otra visión de la Masonería; es decir, la imagen (imago) que la Masonería proyecta, o al menos, es percibida por parte del sector culto que es lector habitual de prensa.

Ya vamos conociendo bastante bien³ —gracias a estos Congresos y multitud de artículos, tesinas y tesis doctorales— lo que podríamos denominar la historia interna de la Masonería; o sea, la Masonería por dentro a partir de fuentes internas, fuentes de la propia Masonería. Conocemos en cierto modo lo que podríamos denominar análisis y descripción de la Masonería, así como la cuantificación, distribución y procedencias sociales. Sin embargo, aún sabemos poco de la parte introspectiva de la Masonería, del «perfeccionamiento» individual: las tenidas y sus contenidos (temas tratados y enfoques). Camino difícil por las limitaciones documentales.

2. Para el XIX —aparte del autor— Rosa Picón y Tomasa Vega; Fernando Abascal, Belén Ayuso, Tomás Gómez y Marta Sanz, Pilar Consuelo Martín, Dionisio Petit, Trabajos de curso, originales mecanografiados en Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y América de la Universidad de Valladolid).

Para el XX, comenzando por la prensa palentina, Soraya Fernández, Isidoro Moyano, José Miguel G. Terradillos, Juan José Lucas, Juan Carlos Nieto y Carlos Amorín.

Para la etapa de la Dictadura en Valladolid, Yolanda García, M.^a Concepción Gutiérrez, Inmaculada Muyo y M.^a Rosario Pascual.

Para la etapa de la II República, especialmente, Ricardo M. de la Guardia, Pablo Pérez y Vidal Pelaz.

Para la etapa posterior (Franquismo) son muchos los datos recogidos, pero en esta síntesis, por razones de espacio, se dejarán fuera, para próximas ocasiones.

3. Para Valladolid en concreto y Castilla y León en general en estos momentos el máximo especialista es Luis P. Martín, que nos ha avanzado ya resultados interesantes (y a la espera de su tesis doctoral).

Aquí lo que se pretende traer a colación es lo referente a la parte de la historia externa. Esta historia debería contar al menos con dos aspectos complementarios: «proyección» de la masonería en los diversos campos de actuación social, desde el ideológico al político, pasando por el militar, cultural, religioso, económico, etc.

La otra parte, y en segundo lugar, es la imago pública que se tiene de la Masonería; cómo la sociedad (más bien en plural, sectores sociales) de la época perciben a la Masonería in genere y a algunos masones en concreto.

Tarea ardua y compleja, toda vez que esta percepción es múltiple según los diversos sectores sociales, fluida y cambiante en el tiempo. Pero, además, esas opiniones son los resultantes de multitud de canales⁴ de informaciones-opiniones y cruzados estereotipos de mensajes subliminales. La familia, la escuela, la Iglesia, la rumología y un largo etcétera crean el estereotipo. Luego la prensa (escrita en nuestro caso) únicamente puede llenar ese cliché o en casos modificarlo, pero sin que podamos saber —al menos con carácter general— en qué medida la prensa escrita puede transformar el cliché básico, aunque sí en momentos muy coyunturales pueda variar comportamientos hacia/frente la Masonería.

Si ciertamente la configuración de opiniones públicas es compleja y voluble, había que tener en cuenta, además en el tema de la relación entre Publicística y Masonería al lado del discurso escrito (discurso presente) lo que podíamos denominar el discurso ausente (aparentemente), pero de una eficacia, en casos, mayor que el mismo texto escrito.

En casi todo el tratamiento del tema masónico hay como una constante, muy presente aunque formalmente ausente, una especie de complicidad tácita con el lector, a base de tópicos, estereotipos, lenguaje (masón igual a subversivo, antisocial, contubernio) cuyo resultado es un mensaje complejo bastante distinto —poco importa su grado de objetividad y coherencia— de lo que se obtendría de una simple lectura lineal.

Hay otro tipo de «ausencias», más fácilmente detectable y, por tanto, interpretables: el momento en que el tema está sobre el tapete de todas las redacciones, generalmente como hecho noticiable de tintes negativos y hasta amarillistas, el no hacerse eco del mismo o tratar de desviar la atención hacia cuestiones marginales y/o colaterales.

Estos tipos diversos de tratamientos periodísticos lógicamente están apuntando hacia «posicionamientos» distintos de acuerdo con las peculiares orientaciones de cada Medio.

4. Sin ánimo de trazar una tipología rigurosa y menos minuciosa, tal vez las vías de proyección, de influencia podían agruparse en medios discretos (influencias, «poderes ocultos», lobbys, poderes fácticos), indiscretos (luz pública: libros, folletos, prensa) y extraordinarios (conspirativos, subversivos, pronunciamientos).

C. Posicionamientos de la Prensa ante la Masonería

Al menos habría que hacer un cuádruple agrupamiento. Otra cuestión complementaria y básica es buscar la causa determinante de tal encasillamiento. Lo primero, es conocer la composición de la empresa para ver si la propiedad es pro/anti masónica por principio; luego, si algún periodista individualmente (en relación directa con su peso específico dentro de la redacción) es pro/anti masónico. Estos dos factores dentro de un climax público concreto explican muchos mensajes y sus correspondientes argumentaciones.

La cuádruple clasificación podría quedar así: a) Prensa masónica: (boletines internos, generalmente), escasa en número y sobre todo en difusión. La proyección reducida en número, importante en intensidad, como corresponde a toda publicación periódica tipo «boletín», cuya misión fundamental es en último término mantener y acrecentar (perfeccionamiento), si es posible, la cohesión del grupo; b) Prensa pro-masónica: por control (propiedad) del Medio, por simpatía individual (redactor-es) pero sobre todo de grupo-partido (grupos-partidos de izquierda ideológico-político: republicanos, librepensadores, etc); c) Prensa liberal (no anti-masónica a priori): es la mejor fuente para un seguimiento de la opinión pública. En principio, aunque los matices pueden ser muchos e importantes, cabe pensar que este tipo de publicaciones están más abiertas a lo que podemos denominar temas de interés y de actualidad para sus respectivos segmentos sociales; d) prensa anti-masónica: (por principio literatura de combate): en general de «derechas», aunque habría que diferenciar bastante en un cuádruple sentido, según grados: prensa ultramontana (carlista), boletines de la jerarquía y órdenes religiosas, «buena prensa» y, en cuarto lugar, la prensa conservadora en general (aunque los matices sean también importantes dentro de este último grupo).

Así conocer la adscripción, el posicionamiento del Medio, que vamos a utilizar como fuente no sólo es imprescindible, sino que nos puede facilitar bastante el trabajo y sobre todo la correcta interpretación.

D. Las diversas publicísticas y sus lenguajes específicos

Hay que tener en cuenta, a efectos de no caer en excesivas generalizaciones, la no uniformidad del tratamiento del tema masónico no sólo en función de lo indicado anteriormente —según el concreto enfoque del Medio— o las variaciones temporales de acuerdo con climax históricos especiales, sino también de acuerdo con las diversas realidades regionales: Periferia/Centro y Masonería.

En líneas generales —excepción hecha de Madrid— la Masonería en España es un fenómeno con un mayor arraigo y presencia en la periferia

peninsular —aunque con matices de grado— frente al centro. Aquí la Masonería tiene mucha menor presencia y en algunas zonas hasta puede ser considerada —con terminología de época— de «planta exótica».

Lógicamente esta menor presencia social (menor peso cuantitativo y también cualitativo, aunque sea más selectiva) se traduce en una menor presencia informativa en líneas generales. Bien es verdad que esta menor presencia en los paneles informativos se suele acompañar con un lenguaje más rotundo (radicalismo) y cargado, aun más, de tópicos abstractos.

Así la diversidad regional —muchas veces incluso a escalas menores— debe ser tenida en cuenta, así como los discursos específicos de acuerdo con la concreta realidad social en que cada uno se inserta. Podríamos decir, que la clave musical es la misma para cada uno de los grupos antes indicados, pero que la «letra de esa canción» varía de unos lugares a otros, de acuerdo con «arreglos» específicos.

Sólo cuando tengamos conclusiones por provincias —al menos de un número significativo— e incluso diferenciado campo y ciudad; así como de las realidades regionales, estaremos en condiciones de poder acercarnos a conclusiones generales; de momento, hay que ser más modestos y quedarnos, como mucho, reducidos a ámbitos regionales.

II. LA OPINION PUBLICA CASTELLANA Y LA MASONERIA

A. Hipótesis interpretativa

Como hipótesis tendríamos que partir de que el supuesto interés de la Opinión Pública castellana por la Masonería —desde el observatorio que nos proporcionan los Medios periodísticos de la época⁵— es falso; al menos, enormemente exagerado, salvo en momentos puntuales muy concretos; pero incluso en esos momentos, tampoco el tema se convierte en noticia de primera página —por utilizar un símil periodístico— ni mucho menos.

5. De acuerdo con la metodología trazada en la ponencia señalada anteriormente, habría que hacer un análisis aquí de cada uno de los medios utilizados (empresa, relaciones, vinculaciones y clasificaciones). No tenemos espacio. Este aspecto ciertamente no se olvida, está muy presente, pero ya ha sido estudiado por mí en otra serie de trabajos, que no voy a detallar aquí.

Falta indicar someramente la clasificación de las principales fuentes periodísticas utilizadas: Ultramontanas: Boletines de los obispados de Palencia y Valladolid; prácticamente nada de prensa carlista, pero sí la Falangista (ver comunicación R. Martín de la Guardia). De la «Buena Prensa» el «Diario Regional» de Valladolid (ver comunicación de Pablo Pérez) y «Diario de Palencia». Por lo que hace a la Prensa liberal: «Norte de castilla» y «Crónica Mercantil» de Valladolid, así como «día Palentino». En cierta medida se puede considerar sino como promasónica, sí con ciertas simpatías a la republicana «La Libertad» de Valladolid.

Otros medios menores de difícil clasificación, pero sin demasiada incidencia cuantitativa.

Realmente —salvo en cierto modo durante la crisis finisecular: caso Filipinas— en ningún momento llega a cuajar una auténtica campaña propagandística. Se trata siempre de informaciones sueltas, casi siempre aisladas y no ocupando precisamente lugares de privilegio a la hora de distribuir las unidades informativas dentro de cada número.

Cuando el tema adquiere un tratamiento distinto, pero más por el tipo de mensaje («contubernio»), que por la abundancia y reiteración del discurso es bajo el Franquismo. En este sentido los «teóricos» de la comunicación del franquismo si, por un lado, con la tesis del famoso «contubernio» tenían a mano, cara a las masas, un fácil chivo expiatorio; por otro, contribuyeron —indirectamente— a sobredimensionar la importancia real de la Masonería en la historia española.

B. Análisis del guadianismo del tema masónico

1. *Moderantismo isabelino y Masonería.*

Antes de mediados del siglo XIX, aunque existe prensa en la región castellana (XVIII), la verdad es que ni por su endeblez ni por la falta de fondos hemerográficos, podemos extraer ninguna conclusión digna de ser reseñada. En buena parte como hipótesis, el tema no interesa.

Sólo en la última parte de la década de los 60, más concretamente a partir de la ofensiva de Pío IX con el *Syllabus* y la *Quanta cura* e incluso después de la aparición de *Multiplikes inter* —tema de la conspiración masónica— la prensa castellana, en líneas generales, no va mucho más allá de una simple información, sin demasiadas valoraciones ni explicaciones.

Fuera de este tónica se sale *El Norte de Castilla* (en estos momentos en manos de un progresista), el cual muestra tímidamente su disconformidad pero más por lo que atañe a la condena del liberalismo como «error moderno», que por el tema masónico en sí (salvo alguna noticia suelta)⁶. Poco más⁷. Planteamiento, (no atención directa al tema) que se da, por lo que sabemos, también en otras regiones⁸.

Claro, sin que afecte a la tesis básica, habría que tener en cuenta algunos aspectos como son el control de la prensa a medida que nos

6. Véase, Celso ALMUIÑA: *La Prensa Vallisoletana durante el siglo XIX*, Valladolid, Diputación, 1977, tomo I, pp. 601 y sgts. y tomo II pp. 640 sgts.

7. Para mayor detalle, véase comunicación de Rosa Picón y Tomasa Vega.

8. En una reciente tesis doctoral (aún inédita: *Historia de la Masonería Gallega durante el siglo XIX*, Zaragoza, 1989) Alberto VALÍN constata como incluso en la beligerante sede compostelana y a través del *Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado* desde el 30 de enero de 1866 (traducción de una pastoral de un prelado francés) hasta cuatro años más tarde (febrero de 1870) «no se vuelve a mentar a la francmasonería en el *Boletín Oficial* (...) op. cit. tomo I pág. 374-75.

acercamos al 68; pero que, por lo que sabemos, a la censura de estos años en absoluto le preocupó y prohibió informaciones sobre este tema.

2. *Anticlericalismo y Masonería (1869-74).*

Durante el Sexenio, según Luis P. Martín⁹, en Valladolid se pueden constatar cinco talleres (*Caballeros de Malta, Sócrates, Armonía y Luz, Propaganda*, y *Triángulo Valladolid*). Tenemos, pues, constancia de masones en Valladolid.

Tras el triunfo de «La Gloriosa» el aspecto más destacable —desde la perspectiva aquí utilizada— es el de un fuerte anticlericalismo y la presencia, al menos recuperación, del ultramontanismo pasados los momentos iniciales. El tema eclesiástico, más que estrictamente religioso, interesa. Hay como una sensibilidad especial. Recuérdese que en estos momentos, entre otros hechos, tiene lugar el Vaticano I (con temas como la infalibilidad) y las elecciones para unas constituyentes, donde el tema eclesiástico-religioso ocupa un destacado papel durante la campaña y los debates parlamentarios hasta plasmarse en la libertad religiosa —por primera vez— en la Constitución del 69.

Indudablemente se crea un cierto clima anticlerical que, al menos para posiciones más ultramontanas, cae en extremos «blasfemos» e «impíos». Ambos adjetivos, así como otros semejantes, los utiliza nada menos que el arzobispo de Valladolid (Cardenal Moreno), a través de una carta pastoral (1869), aplicados a varios diarios castellanos —sin citar títulos concretos— amenaza incluso con la excomunión a quien defienda la libertad religiosa: «pedir la introducción en España de todas las religiones falsas».

Este climax anticlerical, aparte de lo dicho anteriormente, se pone de manifiesto y con toda violencia en Burgos, cuando en 1869 un grupo de fanáticos lincharon al gobernador civil de la provincia, cuando pretendía entrar en la catedral. No hay, pues, lugar para la duda acerca del clima de lucha entre clericalismo/anticlericalismo. La religión no une, sino que enfrenta incluso hasta extremos trágicos. La prensa carlista y su antagónica se encargan de mantener y acrecentar el encono. Los temas religiosos están en la calle, apasionan, desde la simple manifestación/contramanifestación hasta el debate más acalorado, pasando por la prensa (El sensacionalismo de la prensa carlista es evidente). El *Boletín Oficial del Arzobispado* «voluntariamente» dejará de aparecer temporalmente.

Sin embargo, pese a este envoltorio religioso-eclesial que penetra el ambiente, el tema masónico no aparece ni mucho menos como cuestión destacable. Otras cuestiones acaparan las primeras páginas: separación

9. «Masonería y Sociedad: El origen social de los masones de Valladolid en la Restauración». *Masonería, Política y Sociedad*. Zaragoza, 1989, tomo II, pp. 913-928.

Iglesia-Estado, libertad de cultos, Vaticano I y el progreso, la infalibilidad del Papa, las relaciones de España con Roma, el óbolo de San Pedro, etc., pero no la Masonería; aunque ciertamente hay mayores referencias que en la etapa anterior e inmediatamente siguiente.

3. *Las dos Restauraciones: control canovista/libertad liberal.*

Hasta el 98 —más exactamente hasta 1896— bien podemos diferenciar dos momentos de signo bastante distinto: el primer quinquenio, bajo el rígido control de Cánovas, las libertades son estrechas y la Masonería no tiene apenas presencia en estas tierras. Por el contrario, a partir de los años ochenta —con la llegada de los liberales al poder— se abren unas nuevas perspectivas de carácter general, para la prensa (1883) y para la Masonería en concreto.

Durante la primera etapa canovista con la no presencia de logias y el control de censura periodística y también con un tipo de preocupaciones muy específicas por parte de la prensa de la burguesía harinera, tampoco encontramos nada digno de destacarse con respecto al tema que nos ocupa. Podríamos resumir en dos frases: escasa atención, y aspectos marginales.

A partir de 1883 —coincidiendo con la promulgación de la aperturista Ley de Policía de Imprenta— comienza a «florecer» la Masonería en Castilla. De todos modos, y según el ya citado Luis P. Martín, el panorama tampoco es precisamente boyante. A *grosso modo*, en Valladolid para una población de unos 70.000 habitantes, no se llegaría ni a los 300 masones entre 1883/98, lo que vendría a dar un porcentaje de un 0,4%.

Más interés tendría para nuestro caso, el que al menos una media docena de masones sean periodistas. No conocemos todos los nombres, pero no hay ninguno relevante. Domina la pequeña burguesía, profesionales y militares. La clase baja es puramente testimonial. Nada nuevo.

De este período más que el discurso presente, lo que se dice y cómo se dice, destaca el discurso ausente; o sea, en años claves como puede ser 1884, 1886, 1887, etc. para el fenómeno que estamos estudiando, la mayor parte de la prensa le presta escaso y, en casos, incluso nula atención a la cuestión.

En la mayor parte de los casos se trata de simples informaciones de dimensiones reducidas y perdidas en páginas interiores. Noticia y cierto resumen, por ejemplo, de la encíclica *Humanum genus*. Referencia (9 de mayo de 1884) a la queja del Gran Oriente de Italia por el ataque del Papa a la Masonería.

De este tenor se tratan, incluso con menores referencias, temas como la propuesta del obispo de Oviedo (Martínez Vigil) de crear una Asociación Nacional Antimasónica, etc.

Este silencio que no es por desconocimiento, sino más bien, una ausencia por parte de los periódicos más importantes, debe interpretarse, a mi modo de ver, en función de la escasa atención por el tema. Lo cual, aunque aquí entráramos en el terreno de la discusión teórica, nos pone en la pista del poco interés por parte de los respectivos lectores por estas cuestiones.

4. *La crisis finisecular y la Masonería como chivo expiatorio.*

Especialmente a partir de 1896 y en relación con las conocidas relaciones de Masonería e independentismo, con especial referencia al caso Filipino, sí que el tema comienza a despertar cierto interés en la opinión. El lema general —salvo ciertas discrepancias del republicanismo— podríamos sintetizarlo en: patriotismo, igual a antimasonería y viceversa.

En el caso de Filipinas y Morayta, la Masonería se sitúa en el epicentro de la crisis colonial. Es un fácil chivo expiatorio —junto a otros— para culpar del fenómeno independentista.

Ahora sí podemos hablar de «campana» periodística. Esta se concentra especialmente de agosto a octubre de 1896 (sublevación en Filipinas), decae luego un tanto, para concentrarse en el 99 en torno al caso Morayta.

Esta campana la podríamos resumir así. Por lo que se refiere al primer momento, el mensaje expreso o tácito que se quiere difundir es que Masonería y revolución es lo mismo y todo ello igual a recesión. Hay una simplificación y se juega con un doble mensaje: el revolucionario, que se podía considerar en sentido tradicional, pero que más bien tenía más connotaciones socio-políticas; ahora, el revolucionarismo se proyecta, se acentúa la vertiente externa, es decir, la disgregación, la fragmentación como otra forma complementaria de llevar a cabo la revolución.

Ya no se trata únicamente de simples noticias sueltas en la clave indicada; sino que, ahora sí, se opina, se editorializa y/o se abren las páginas a firmas que interpretan de acuerdo con la misma pauta.

Palabras claves que se repiten son: patriotismo/antipatriotismo, conspiración, revolución, recesión, secretismo, secta disolvente, planta exótica.

La inculpación del gobierno —por parte de la prensa más ultramontana—, por su lenidad, su mano blanda con respecto a Masonería y lo que se expresa como un secreto a voces —su labor disolvente y conspiratoria— se repite frecuentemente desde posiciones externas.

Especial atención merece el P. Cámara (agustino-filipino) director de la revista de la orden *La Ciudad de Dios*¹⁰ desde la autoridad moral

10. Acerca de Tomás Cámara y la fundación-dirección de la *Revista Agustiniiana* (1881-1887), luego trasladada de Valladolid a El Escorial y rebautizada como *La Ciudad de Dios*, véase Celso ALMUIÑA: *La prensa de Valladolid en el XIX*, Valladolid, 1977, tomo II, pp. 220-226.

de este fraile y la vinculación de la orden con la evangelización de Filipinas.

Pues bien, el punto de vista del agustino Tomás Cámara con respecto a la Masonería, y que se difunde a través de diversos periódicos —aparte de la revista de la Orden, que dirige—, no deja de presentar interés y ser enormemente significativo. La primer lectura es exactamente la misma ya expuesta de patriotismo y secesionismo. Sin embargo, hay elementos nuevos y muy reveladores: en primer lugar, se califica a la Masonería de «planta exótica», es decir, importada, no propia de España, extraña a nuestra esencia (es la tesis tradicionalista y si queremos ya menendezpeleayista); pero, sobre todo, la originalidad explicativa del P. Cámara reside en el binomio/antinomio que establece: mientras el fraile (agustinos) primó (mandó) en Filipinas, la quietud fue total (unidad, patriotismo), por contra, desde el momento en que se obstaculizó su labor, la fe religiosa se resintió, aparece la secesión. Llega a escribir: «el fraile en Filipinas es el mejor defensor de nuestra bandera».

A la Masonería se le culpa lógicamente de atacar en el doble frente: secesionista, pero con la vista puesta en la Iglesia. Así el dilema, la dialéctica de fondo se plantea entre Iglesia/Masonería.

El tema de la conspiración —de la doble conspiración— contra España y la religión, que es tanto como decir lo mismo, son para este sector tradicionalista, sinónimos, es recogido no ya por el cualificado portavoz de los agustinos-filipinos, sino por la máxima jerarquía eclesiástica castellana, me refiero al influente —por otra parte— arzobispo de la sede vallisoletana, Cascajares. En una «Pastoral» de finales de septiembre de 1896 viene a recoger la misma tesis: la conspiración contra España y su religión por parte de «la tenebrosa secta masónica».

Cascajares, que no duda, a la altura del 96, que se trata de una simple sublevación; es decir, que de ninguna manera va a culminar en independentismo, se lamenta del mal, de los «resabios» que dejará en aquellos naturales (filipinos) «antes tan dóciles bajo el paternal gobierno de las órdenes religiosas». Está claro que se propugna, aparte del paternalismo, una suerte de gobierno teocrático para las colonias, al menos para Filipinas.

Hay una segunda idea no despreciable, la organización independentista Catipunang no sólo es una logia masónica, sino que además es la integradora de «casi todos los mestizos más ricos de Filipinas»: ¿lucha de clases? ¿racismo disimulado? La clave interpretativa-explicativa parece ir por ahí.

No se puede decir, al menos para determinados momentos críticos, que se trate de una preocupación exclusivamente de dirigentes, elitista, va más allá de las minorías dirigentes y lectoras. En algún momento (finales de septiembre-octubre del 96), sabemos que la preocupación en

la calle es incluso fácilmente constatable: «ayer hablóse mucho en Valladolid, como no podía ser menos» con ocasión de acusarse a José M.^a Pantoja (director del *Diario de Sesiones* del Senado y relator del Tribunal Supremo), como masón implicado en el proceso conspirativo filipino.

Dentro de esta primera etapa de la campaña antimasonica, la honda se expande e incluye, como no podía ser menos, el caso principal (Cuba) dentro de la explicación conspirativa (masónica) que se da para la parte menor (Filipinas).

La verdad es que la tal interpretación incluso es asumida nada menos que por parte del ministro de la Gobernación Cos-Gayón. En una extraña coctelera mezcla a republicanos, filibusteros, protestantes y masones para explicar también las intenciones de Valencia (por detrás Blasco Ibáñez), Gerona y Zaragoza¹¹.

Pasado este climax, por otro lado, difícil de mantener de forma sostenida durante mucho tiempo, va decayendo, de momento, un tanto el enredo. No obstante, encontramos algunos momentos de cierta recuperación, como puede ser la celebración del Congreso Antimasonico en Trento, una exhortación del obispo de Málaga, etc. Pero, la tensión del periodo anterior decae notablemente.

Sin que podamos entrar en más detalles de estos interesantes años, que habría que analizar en profundidad, el segundo momento de la campaña anti-masonica y en relación con la independencia de Filipinas, tiene lugar en junio del 99 en torno al caso Morayta (Gran Maestre del Gran Oriente Español).

Por conocido y por razones de brevedad no se describe el caso. Pero sí la técnica utilizada: se apunta a Morayta, se dispara contra la Masonería. Todo ello, porque un anti-patriota (un reconocido y destacado masón), pese a los votos populares, no puede tener cabida, asiento, en el Congreso de los Diputados, como representante de la nación. Siendo un instigador directo (y responsable) de la rebelión de Filipinas —argumento de los sectores conservadores-traditionalistas— es inmoral y antipatriótico que se ocupe tal escaño.

De nada habrá servido que el mismo Morayta, previamente (98), hubiese rechazado toda vinculación e incluso habría denunciado a los que la vinculaban, y con él a la Masonería, con la insurrección de Filipinas. Para los sectores más conservadores, el caso no ofrecía dudas ni la clave explicativa —antes expuesta— tampoco. La resaca y hasta diríamos

11. «El Ministro de la Gobernación ha dicho que sois republicanos, masones, protestantes y filibusteros. No sabemos si Cos-Gayón acertará en todo o en algunos de los colores que os aplica. Pero, entendemos, que el último de esos calificativos es el que cuadra perfectamente con vuestros actos». *EL Norte de Castilla*, 7-VIII-1896, pp. 1.

Para mayor detalle sobre el caso valenciano, véase el estudio de A. YANINI, *Mellido y Ponce: Republicanismo y Masonería en la Valencia de la Restauración Alfonsina (1874-1902)*.

el resellado de Morayta no le abandona hasta su muerte (1917). Incluso en su necrológica se desentierra el tema y la interpretación¹².

5. *Preconfiguración de modelos maniqueos.*

Doblada la crisis, que no superada, la entrada en la nueva centuria, regeneradora ella, y con indudable replegamiento de lo masónico, así como la incidencia de otros muchos factores y de signo bien diverso a las decimonónicas, el panorama explicativo cambia sustancialmente, aunque de forma lenta, no porque de momento se preste más atención al tema, sino en cuanto se comienzan a preconfigurarse modelos que son enormemente reduccionistas, y maniqueos.

A. La «Buena Prensa» y el modelo del «chivo expiatorio».

La prensa católica, a indicaciones de la jerarquía, y dentro de la organización autodenominada de la «Buena Prensa», o sea, prensa católica, adopta una consigna común con respecto a la Masonería (1906):

«Es un deber de todo cristiano y de todo ciudadano luchar contra la supradicha prensa de las logias y de las mentiras, sin dificultad consideramos como traidora de la Fe y de la Patria a todos cuanto material o moralmente ayuden a semejantes publicaciones».

Este párrafo sintetiza perfectamente la línea a seguir, no sólo por la prensa católica, sino también por todo cristiano. La lucha como deber (de ahí a la cruzada no hay más que un paso». Las logias y por extensión su prensa, como sinónimo, por definición, de propagación de la mentira. La verdad y la mentira frente a frente. Aparte de falsa (falta de veracidad), debe ser rechazada sobre todo por «traidora» (es mucho más que contraria e incluso peor que subversiva, en cierto sentido) contra los dos pilares fundamentales de España: Fé (traición por heterodoxia) y Patria (traición por antipatriotismo disgregador y secesionista)¹³.

La prensa católica, y en mayor medida la ultramontana de opciones políticas concretas, irá configurando y perfilando el modelo hasta que cristalice en la II República.

Es difícil establecer con claridad, si es que existe alguna diferencia, la separación, o sea, el tratamiento diferenciador con respecto a la Masonería entre prensa carlo-tradicionalista y «buena prensa».

Sería en la Francia de fines del XIX, dominada por un embate de

12. *El Norte de Castilla*, 19-I-1917, pág. 2.

13. Sería interesante en esta segunda vertiente, comprobar hasta qué punto, por parte de estos sectores, se llega a implicar a la Masonería como instigadores (promotores) del nacionalismo («regionalismo morboso»), precisamente desde la interpretación disgregacionista e independentista de partes de la propia Península, de España. Tema, de momento, sin estudiar y que tal vez, como hipótesis, podría venir a redundar sobre lo mismo.

anticlericalismo y con ocasión del affaire Dreyfus —según la tesis de Ferrer Benimeli— cuando la prensa católica ultramontana de aquel país comience a prefigurar el modelo del «contubernio», de momento únicamente judeo-masónico.

La «buena prensa» española de comienzos de siglo se centra más en acusar a la Masonería, directa o veladamente, de ser la responsable de hechos concretos que podíamos catalogar como violencias físicas o simplemente verbales contra personas e instituciones católicas. Incluida la oposición a subir el sueldo a los curas (1903) o el caso Nozaleda (1904), por poner dos ejemplos.

Por otro lado, es fácil constatar la influencia que cierto sector de la prensa francesa tiene entre su homónima española. Todo recorte de atribuciones a la Iglesia o simples referencias a una supuesta secularización social generalizada se explican como forma indirecta de ataque de la Masonería a la Iglesia Católica.

La Masonería sería así la responsable última de todo un proceso de decadencia que va desde el plano moral, educacional, a aspectos políticos tan concretos como puede ser el separatismo.

La propuesta-objetivo de la «buena prensa» es justamente para hacer frente a este diagnóstico pesimista, configurar y poner en marcha una regeneración católica.

Modelo que en buena medida se va perfilando a través de los Congresos de la Buena Prensa y en la praxis cotidiana. En este sentido —habría que comprobarlo documentalmente— el papel de *El Debate* será fundamental. Es en la II República cuando la prensa confesional, dentro del climax religioso-eclesial tan acentuado de momento, termine de perfilar y acerar el modelo del contubernio.

B. Periodismo liberal y Masonería.

Por su parte, la prensa que genéricamente podemos calificar de liberal, según gradaciones hasta la prensa republicana, la Masonería sigue sin ser un tema de interés. Escasos artículos, rara vez aparece la palabra «masonería» y «masones» citados explícitamente.

En casos, como ocurre con el *Diario Palentino* (liberal, próximo al republicanismo), donde encontramos con un «colaborador» masón (Martínez Peñalba Alonso de Ojeda) las posturas masónicas aparecen con una mayor asiduidad.

Aquí tiene plena validez y se pone de manifiesto la mayor o menor receptividad de la empresa-redacción hacia el tema de acuerdo con la existencia de personas influyentes próximas.

Por el contrario, la prensa liberal en conjunto, difícilmente comparte la tesis de la prensa católica-ultramontana de convertir a la Masonería

en el «chivo expiatorio» de todos nuestros males; por tanto, menos el plantearse una especie de cruzada regeneracionista anti-masónica.

6. *La Dictadura y la tolerancia masónica.*

Por parte de la «buena prensa», a partir de finales de 1923, nada más imponerse la dictadura, comienza a replantearse con cierta insistencia y rotundidad, el modelo del contubernio judeo-masónico, pero ya con el aditamento (trilogía), marxista. Es el «fantasma amenazador».

La dictadura de las logias se va a llevar a cabo a través de situar peones políticos en puestos claves, desde Herriot (presidente francés), «a las órdenes del Gran Oriente Francés», hasta otros personajes de menor relevancia, pero no por ello menos peligrosos.

Un plan preconcebido, que va desde el campo de la enseñanza (laicismo), hasta el feminismo (los masones están por detrás del feminismo, pornografía, modas, etc.) es dogma de fe para la prensa católica como orquestado por la Masonería.

Todo intelectual simplemente crítico es tachado de masón: Unamuno, Blasco Ibáñez, etc. Incluso todo periodista liberal, es decir, no adicto a la «buena prensa» es acusado cuando menos de inficionado por las tesis masónicas.

Tal vez lo más curioso sea, a modo de balance de la Dictadura de Primo de Rivera, el calificar a este período histórico de negativo por no haber hecho nada por perseguir y reducir la influencia masónica. Como apoyatura de la tesis se ofrecen algunos datos cuantitativos. Que de ser ciertos, el número de masones se habría duplicado en dicho período. Y como probatura fehaciente, por lo que a Valladolid se refiere, se promete dar la lista de todos los masones locales. Promesa que no se cumple, al parecer ante numerosas presiones sobre la redacción del periódico católico: *El Diario Regional*.

Desde luego, la actitud de tolerancia con que la prensa católica califica a la Dictadura con respecto a la Masonería, no es compartida en absoluto por los masones locales y mucho peor aún el clima de fanatismo e intolerancia de la sociedad vallisoletana del momento¹⁴.

14. La figura más destacada del ámbito local de la masonería vallisoletana del momento es Jaime Fernández Gil de Terradillos, que funda la logia *La Amistad*. Llega a contar con unos 40/50 miembros, especialmente procedentes de profesiones liberales, funcionarios, industriales y comerciantes.

El juicio muy a posteriori que el Valladolid del momento le mereció a Terradillos es que era una ciudad «llena de intolerancia, manejada por caciques en un clima tenebroso de fanatismo».

7. *La cristalización del modelo del contubernio judeo-masónico-marxista.*

Será durante la II República cuando el modelo del contubernio se perfila definitivamente. La aportación de J. Boor (Francisco Franco-Carrero Blanco) y otros «teóricos» del franquismo al modelo del contubernio no es importante desde el punto de vista de la formulación, que es anterior, aunque sí desde su utilización política.

Sobre lo preconfigurado por parte de la buena prensa hay que tener en cuenta la «aportación» propia del falangismo.

Por parte de la prensa católica, la primera nota sería el interés inusitado por el tema con un ritmo *in crescendo* a medida que nos acercamos a la guerra (Frentepopulismo) y durante ésta. Entre las características más destacadas estarán el identificar a masonería con anticlericalismo y revolución.

Como el tema es desarrollado de forma específica por Pablo Pérez a sus páginas remitimos¹⁵.

La novedad en este planteamiento nos la aporta el falangismo. Ricardo Martín de la Guardia¹⁶ se ha encargado de la cuestión. Es durante la II República cuando el modelo se conforma (antes, por tanto, de la misma guerra civil y el franquismo) y en su configuración cada una de las tres familias (jonsismo, ledesmismo y falangismo josé-antoniano) aporta su peculiar y complementario punto de vista: componente religioso, causa de la decadencia (social-política-económica) y la justificación de la violencia contra la «secta triunfante». En una palabra, la lucha contra la anti-España que nadie con más precisión que la Masonería encarna en nuestro suelo.

Así el modelo del contubernio judeo-masónico-marxista está perfectamente formulado y definido ya en víspera de la Guerra Civil. Su «explotación» propagandística, llevada hasta el paroxismo se pone en marcha en la España nacionalista a partir de este momento.

La prensa católica y la jonso-falangista serán las principales definidoras del modelo y las primeras en usar y abusar, ya durante la II República, el estereotipo del «contubernio» que tanto juego dará durante medio siglo.

15. «La Masonería en la prensa confesional en Castilla durante la II República y la Guerra Civil: *Diario Regional de Valladolid*, (1931-39), en estas mismas *Actas*.

16. «Falange y Masonería durante la Segunda República. Hacia la configuración del modelo del contubernio», también en estas *Actas*.

III. A MODO DE CONCLUSIONES

1. La escasa incidencia, visto el tema desde un enfoque global, de la Masonería en la prensa castellana, tanto cuantitativa como cualitativamente.
2. Únicamente en momentos muy concretos como puede ser el 98 y la II República, y sobre todo por determinados sectores de opinión, se le presta a la Masonería cierta atención y que va más allá de lo casi puramente anecdótico, que suele ser la tónica dominante.
3. Curiosidad ante el secretismo podría ser la motivación más generalizada para la mayoría de la opinión. Un sector más restringido se interesaría en función de cambios políticos (republicanismo) y, desde posturas ultramontanas y católicas, la preocupación socio-religiosa (no separable de la subversión integral) sería el desencadenante no sólo de la curiosidad, sino de la preocupación hacia la «secta». Por último, para una minoría, la encarnación de todos los males (el símbolo de la anti-España) les llevaría a desarrollar una agresiva lucha teórica (dialéctica) junto a otros recursos represores.
4. El modelo del contubernio en esta región se comienza a formular a partir de comienzos del XX; pero, en principio, sus contornos regeneradores (reconquista espiritual) se centran más en evitar el fenómeno de creciente laicización; durante el segundo momento (la II República) se produce un giro importante del modelo: vendría a recalar en sinónimo de anti-España, con toda la carga maniquea y excluyente que ello comporta.